La Nubecita.

LA NUBECITA

LA NUBECITA

COMEDIA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

LUIS LINARES BECERRA y JAVIER DE BURGOS

Estrenada en el TEATRO DE NOVEDADES de Madrid, la noche del 24 de Julio de 1909



MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11
Teléfono número 551

1909

A mi madre,

Javier de Burgos

A mi novia,

Linares Becerra.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
CARMELA (la Nubecita)	SRTA.	PARDO.
MARUQUILLA		HERRERO.
LEONARDO	SR.	PORTES.
PAPÁ SIMÓN		GUIRAU.
CHILINDRÍN		PUGA.
FERNANDO RAMOS		RAMOS.
EL ALCALDE		PALAU.
EL MAESTRO		ROMEU.
~~EL TÍO LEONCIO~~		MALLÉN.
PREGONERO		PASTRANA.

DIRECTOR DE ESCENA: D. Manuel Vico.

La acción en un pueblo castellano.—Época actual

Las indicaciones, del lado del actor



ACTO UNICO

Habitación de planta baja de una casita humilde. Al foro hay una puerta que da á la calle y otras dos á ambos lados de la escena; sobre el fondo izquierda ventana con macetas de flores; entre las flores una jaula con pájaros. Mueblaje y utensilios de zaguán. Hay algunas sillas, hay también una mesa. Las paredes son muy blancas, la reja muy alegre, los muebles muy limpios. Al levantarse el telón se oye un pregón lejano. Las campanas de una iglesia ponen música al alba. La escena está sola; á poco Maruquilla.

ESCENA PRIMERA

La voz del PREGONERO y en seguida MARUQUILLA

PREG. (Cantando lejos.)
A las flores,
á las buenas flores
que son pa las mozas
las joyas mejores.
(Más cerca.)
Cómprame rosas blancas,
cara de cielo,
cómprame jazminitos
para tu pelo.
A las flores,
á las buenas flores...

MAR. (Por la izquierda. Viste de aldeana, es casi una niña; sus charloteos de pájaro son todo corazón, todo fran-

queza; escucha un instante las notas del pregón y dice sonriendo:) Temprano comienza hoy á pregonar Periquillo el manco. Y que tiene una voz que suena á gloria. Pues las campanitas tampoco se dan un momento de reposo. ¿Serán ya las seis? El reloj de la torre lo dirá. (Mirando por la reja.) Sí, las seis van á dar. ¿Habrá salido mi primo? No lo creo, anoche se acostó tan tarde...

PREG. (Con un cesto de flores á la espalda, llegando á la ventana.) Buenos días, Maruquilla.

MAR. Buenos los tengas, Periquín; hoy has salido á la calle con el sol.

PREG. Antes que él he salío y ya ves el desengaño qu'acabo de llevarme.

MAR. ¿Por qué dices eso?

PREG. Porque yo pensé que mis capullos eran los únicos que habían madrugao, y ya, ya veo que no es así.

MAR. ¡Adulador!

PREG. ¡Preciosa!... El mejor día entro... te robo y te proclamo sultana de este jardín que llevo á cuestas.

MAR. No te incomodes que no estoy de venta.

PREG. ¡Ay, si lo estuvieras!...

MAR. ¿Qué darías tú por mí?

PREG. La mano que me falta.

MAR. (Alargándola.) Pues... venga esa mano.

PREG. ¿También graciosa? Miá que es mucho cuento que to lo que yo digo lo has de tomar á risa.

MAR. Y, ¿la seriedad pa qué sirve?

PREG. ¡Pa querer con ansias!

MAR. Cariño de nublao es el tuyo, Periquín, que siempre acaba en lágrimas; el mío, en cambio, es como los rayitos de sol que más alegran cuanto más se ríen.

PREG. Pero, ¿tú quiés á alguien?

MAR. Vaya usté á saber.

PREG. Pues al que sea le das la enhorabuena de mi parte y que Dios te conserve el humor...

MAR. Que El mejore el tuyo.

PREG. Adiós, Maruquilla.

MAR. Hasta más ver, Periquín.

ESCENA II

por derecha

MARUQUILLA y LEONARDO

Leonardo es inteligente y sencillo. Viste de cazador y es en todos sus modales distinguido y afable

LEON. (Por la derecha.) Buenos días, prima.
MAR. Buenos los tengas, bizarro cazador.
LEON. ¿Hablabas por la reja?
MAR. Con Periquillo el manco; ahora le ha dado por hacerme el amor, ¿sabes?
LEON. ¡Pobrecillo!
MAR. ¡Ya ves tú qué pena!... y yo que no pueo quererle y no por su defecto, bien sabe Dios que no.
LEON. Entonces, ¿por qué? ¿Porque quieres á otro?
MAR ¡También tú! ¡No, hijo, no! (Confundida.)
LEON. ¿No ó sí? (Con acento de convicción.)
MAR Como tú quieras.
LEON. Eres muy voluble, Maruca.
MAR. (Muy herida.) ¿Voluble yo?
LEON. Una mariposilla loca que en todo picotea y de todo se harta; es decir, de todo no, porque de ser bonita no te has hartado todavía.
MAR. No me adules, Leonardo.
LEON. Nada, nada, la verdad. Y á propósito de verdades, tengo que reprenderte.
MAR. Tú dirás.
LEON. He observado que hay en esta casa una invisible personilla que siempre que salgo á cazar, le quita la carga á los cartuchos... y esa debes ser tú.
MAR. Perdóname, Leonardo. ¡Me dan tanta lástima los pobrecillos pájaros! ¡Mentira parece que tú que eres tan bueno los persigas! Ellos, como nosotros, tienen también su anhelo y sus cariños, y yo, en el fondo de mi corazón, siento algo así como un amor fraternal hacia esos gorrioncillos golfos que tan alegres y

tan libres viven, y es que mi corazón... ¡también es pájaro!

LEON. Y si tanto los quieres, ¿por qué los encierras?

MAR. Para quererles más de cerca.

LEON. Ese es un egoismo de amor que no tiene disculpa; el amor, para ser perfecto, no ha de ser egoista; yo, con los pajarillos, soy más bueno que tú; no les quito más que la vida; tú les quitas la libertad y el amor, y el amor y la libertad valen más que la vida.

MAR. Tienes razón, Leonardo, como siempre, tienes razón; pero dime una cosa, ¿por qué te vas de caza? Hoy es la fiesta de la Virgen y en un día tan señalao no es lo más natural que un hijo de este pueblo, tan amante de su Patrona como tú, nos dejes y la dejes.

LEON. Maruquilla, hoy... de sobra lo sabes: hoy es día de tristes recuerdos para mí y quiero desecharlos. (Pausa; Leonardo se sienta y Maruquilla le mira tristemente.)

MAR. ¿Aun te dura la pena de Carmela?...

LEON. Me dura y me durará siempre.

MAR. Entonces, ¿por qué le dices á papá Simón que no sufres y que ya la has olvidado?

LEON. Porque papá Simón tiene bastante desgracia con haberse quedado sin hija, para que yo venga á aumentársela.

MAR. Si Carmela volviera...

LEON. ¿Volver? Y ¿para qué? De la ciudad, Maruquilla no se vuelve nunca; el alma está allí presa. La ciudad es una cárcel y de nada sirve que el cuerpo la abandone; ¿tú no has oído decir nunca que los que están en presidio, cuando se marchan de él sienten la atracción de su celda?; pues eso mismo ocurre en la ciudad; la ciudad es un presidio muy grande en el que cada cual arrastra su cadena; del que rara vez se sale, y al que se vuelve siempre...

ESCENA III

MARUQUILLA, LEONARDO y PAPÁ SIMÓN por la izquierda

Papá Simón es un viejecito blanco como la nieve; su traje pueblerino, tan limpio como humilde, su alma tan blanca como su cabeza y tan limpia como su traje

MAR. ¡Buenos días, papaíto!
LEON. ¡Hola, papá Simón!
SIM. Hola, pimpollo. ¿Qué, por ser hoy la fiesta de la Virgen no hay un beso para el vejete?
LEON. Con mucho gusto, sí señor. (Besándole.)
MAR. Todos los que tú quieras. (La misma acción.)
SIM. Ahora déjanos solos; Leonardo, necesito hablarte.
(Mutis Maruquilla por la izquierda.)

ESCENA IV

PAPÁ SIMÓN y LEONARDO

LEON. Usted dirá, papá Simón.
SIM. Es una tontería lo que voy á decirte, pero tú sabrás disculparme, ¿verdad?
LEON. ¿Disculparle?... ¡por Dios!
SIM. Tú ya sabes, Leonardo, la predilección que siempre tuve por mi hija Carmela, por la que fué tu novia; que á ella que tanto mal me ha hecho la he querido mucho, muchísimo, acaso más que á esa pobre Maruquilla, que ningún mal me hizo.
LEON. No le extrañe á usted, papá Simón; eso de ser muy queridos es privilegio de todos los ingratos.
SIM. Pues bien, hijo mío, escúchame: Cuando nació Carmela, tu padre y yo éramos sin disputa los dos hermanos más ricos de la comarca; ¡digo! como que la gente aseguraba que se nos podía pesar en oro; esta humilde

casita en que vivimos era una heredad magnífica, casi, casi un palacio; vino al mundo Carmela, y era tan rubia, tan blanca, de ojos tan azules, de mirada tan pura, que el primer mozo que la vió, el viejo Ramón á quien tú conoces, famoso por su habilidad para los refranes y los motes, le puso de nombre «Nubecita», é inútil fué que el agua del bautismo posara sobre ella una gracia más santa, más cristiana; desde entonces, y á pesar de que su verdadero nombre es Carmela, «Nubecita» la llamaron todos.

LEON. Sé muy bien esa historia, papá Simón; cuando quería hacerle rabiar yo también la llamaba así; «tú eres nubecita—le decía—y como nubecita volarás» y ella reía, reía siempre... Pero volvamos á lo de usted, no sé que noto hoy en su semblante que me parece usted más alegre que de costumbre, ¿es la fiesta de la Virgen la que opera en usted ese prodigio?

SIM. Acaso tengas razón, Leonardo. Como la patrona del pueblo, también mi corazón está de fiesta. Tú ya sabes la costumbre que tengo de subir todas las mañanas á ver salir el sol desde la azotea de la casa; allá en lo más lejano, donde cielo y tierra se juntan, pongo yo mis ojos y con mis ojos mi esperanza. Confío en Dios y en los hombres: «vendrá, vendrá» me digo esperanzado, y esta mañana...

LEON. Esta mañana ¿qué?

SIM. Una nubecita muy blanca, muy rubia; tan rubia y tan blanca como ella, una nubecita que volaba hacia acá me ha dicho muchas cosas; que mi hija me quiere; que no me olvida; que la veré muy pronto; ya sé lo que vas á responderme; pero no por Dios, no me respondas eso, no destruyas con tu soplo mis castillos de naipes; déjame soñar, soñar como un loco ¡no valdría la pena de vivir si no se soñase!

LEON Decididamente usted no es de este mundo, papá Simón; pero ande usted, que lo que es

aquí bien se han aprovechado de su bondad.

SIM. ¿Por qué dices eso?

LEON. Porque más de cuatro conozco yo en el pueblo, que á fuerza de consejos hipócritas y de fantásticas protecciones han sido la ruina de esta casa.

SIM. ¿La ruina dices?

LEON. Sí señor, sí; no se haga usted de nuevas; pues qué ¿no sabe todo el mundo cuando aquello de las cosechas, lo que hizo usted por el Alcalde y por el tío Leoncio y por el pueblo entero, que no hubo uno que no viniera á saquearle á usted?

SIM. ¿Qué es eso de saquear? A mí no me ha saqueado nadie.

LEON. El que no haya querido.

SIM. Bueno; no hablemos de eso; anda, ven conmigo; ven conmigo á la terraza, que te quiero enseñar una cosa.

LEON. (¡La nubecita; como si lo viera!) ¡Pobre papá Simón! ¡Con tanto mirar al Cielo, aún no ha aprendido usted á caminar sobre la tierra!

SIM. El verdadero camino está allí; sabiendo aquél, sabidos están todos.

LEON. Y ¿para conocer á los hombres se aleja usted de ellos?

SIM. Me alejo de ellos; pero me acerco á Dios.

(Mutis Leonardo y papá Simón por la derecha.)

ESCENA V

Sale MARUQUILLA por el lateral izquierda, después de mirar en todas direcciones se dirige á la ventana; vacila un momento y por fin descuelga la jaula de los pájaros y dice con acenio de convicción

MAR. Tiene razón Leonardo; esto es una crueldad inmensa. (Abriendo la jaula.) Sed libres, pajarillos, sed libres; volved á vuestros nidos, gozad de vuestro amor y ¡¡perdonadme!! (Junta las manos como implorando gracia y sigue desde la reja el supuesto vuelo de los pájaros.)

ESCENA VI

LEONARDO y MARUQUILLA

LEON. (Entrando por donde salió.) ¿Qué haces, Maruquilla? ¿Estabas rezando?

MAR. No... si era que... vamos... que...

LEON. Mirabas al cielo. ¿Te has contagiado de tu padre? ¡Bien, mujer, bien! (Cogiendo los arreos de la caza.)

MAR. Te aseguro, Leonardo...

LEON. ¡Pobrecilla! De puro buena pareces tonta.

MAR. ¿Qué parezco tonta?

LEON. (Sonriendo.) Y todo esto te ocurre á ti por no tener un hombre que te quiera; á ti te hace falta un novio, picaruela.

MAR. Tienes razón, un novio me hace falta.

LEON. Hasta luego, Maruca. (Distraído.)

MAR. Hasta después, Leonardo. (Con ternura y comiéndose las lágrimas.)

(Mutis Leonardo por el foro.)

ESCENA VII

MARUQUILLA, sola

MAR. (Con voz apagada.) Leonardo... oye... escucha... No... ¡que no lo sepa nunca! (Rompe á llorar.)

ESCENA VIII

MARUQUILLA y PAPÁ SIMÓN, por la derecha

SIM. (Observando la actitud de Maruquilla.) ¡Hija mía! ¿qué tienes?

MAR. ¡Papá Simón!

SIM. Habla, ¿por qué lloras? ¿Quién tiene la culpa de estas lágrimas? ¡¡Pronto, dímelo!!

MAR. Nadie, papaíto, nadie.

ESCENA IX

MARUQUILLA, PAPÁ SIMON y CHILINDRÍN, tipo de aldeano vulgar y asustadizo

CHIL. (Entrando por el foro.) Maruca, papá Simón, señorito Leonardo.
SIM. ¿Qué sucede? ¿qué es eso?
MAR. Si es Chilindrín.
CHIL. Agua, dadme agua, y si no dadme vino; mejor vino que agua.
SIM. Pero, ¿qué te pasa? (Dándole de beber.)
CHIL. Que ¿qué me pasa? Muera usté, papá Simón, muérase usté; muérete tú, Maruca.
MAR. Vamos, hombre, tranquilízate.
CHIL. No puede ser.
MAR. Y ¿por qué no puede ser?
CHIL. Porque no puede ser.
SIM. ¿Acabarás de hablar?
CHIL. Sí, señor, hablaré; pero se van ustedes á quedar narcotizaos.
SIM. Bueno, hombre, bueno.
CHIL. ¿A que no saben ustedes á quién acabo de encontrar en la estación de La Cañada, mano á mano con el jefe de estación, esperando á que el tío Zacarías enganchase el coche y con más bultos á su alrededor que un membrillo de Ronda?
SIM. ¡Qué sé yo!
CHIL. A la Nubecita.
SIM. MAR. } ¿A la Nubecita?
SIM. Chilindrín, ¿tú sabes lo que dices?
CHIL. Yo, sí señor; ¿y usté?
MAR. ¿No te habrás equivocado?... ¿no será una broma tuya?.
CHIL. ¡Qué ha de ser broma, hombre! ¡qué ha de ser broma!
SIM. Y dí, ¿viene muy hermosa?
MAR. ¿Te ha preguntao por mí?
SIM. ¿Tiene gana de vernos?

CHIL. ¡Rediez! ¡Que me van ustés á desgastar el tímpano.

MAR. ¿Y de Leonardo no habeis hablao?

CHIL. Ni esto. (Mordiéndose el pulgar.) Y sí que me ha extrañao que no me preguntase por él.

MAR. (¡Ingrata, más que ingrata!)

CHIL. ¡Ah, y me ha dicho tamién que allí en Madrí ha ganao la mar de dinero, y que se viene aquí pa siempre, y qué sé yo cuántas cosas más, y, vamos, que no sé cómo no me ha matao la alegría!

SIM. (¡Gracias, nubecita de mis ensueños; Virgen Santa, gracias!) Anda, Maruquilla, no perdamos tiempo; tú á la cocina; yo á preparar para ella el mejor cuarto de la casa, y tú, Chilindrín, ven á mis brazos; ¿con qué te podré pagar esta noticia? (Abrazándola.)

CHIL. Con cualisquiera cosa; me da usté un par de docenas de bollos de aceite, un trozo de cecina y cuatro ó cinco jarros del añejo y tan contento.

MAR. (Iniciando el mutis por la izquierda.) (Viene y no pregunta por él... ¿Le querrá todavía? ¡Quiera Dios que así sea!) (Vase rápidamente.)

ESCENA X

PAPÁ SIMÓN y CHILINDRÍN

SIM. Yo no sé qué hacer; estaba por salir á buscarla; pero, ¿y si nos cruzamos?

CHIL. Lo mejor es que la aguarde usté aquí; señor, si ya no pué tardar na.

SIM. Tienes razón, esperaré; pero si es que me mata la impaciencia; son tres años que no la estrecho entre mis brazos; tres años que no la veo. Figúrate si tendré ganas de verla y de abrazarla. Y ese pícaro Leonardo que se empeñó en salir; mejor, así cuando venga ya estará ella en casa y será más completa la sorpresa; oye, Chilindrín, que no se te olvide avisar pa esta noche á todos los amigos.

CHIL. Descuide usté.

SIM. Es necesario que el día de hoy sea famoso en el pueblo.

CHIL. No se preocupe usté de eso; la cuchipanda de esta noche va á ser de las sonás.

SIM. Eso, eso es lo que quiero.

CHIL. Yo tocaré el tamboril y usté la zampoña.

SIM. ¡Digo! ¡y bailaré con las mozas!

CHIL. Y yo con las viejas, digo, usté con las viejas y yo con las mozas.

SIM. Y reiré y cantaré y tú me acompañarás, ¿verdá, Chilindrín?

CHIL. Hasta la fin del mundo. Esta noche va usté á coger una cogorza como pa usté solo.

SIM. No, hombre, eso no.

CHIL. Lo ve usté, papá Simón, lo ve usté; no hace ni tres menutos que le he dao á usté la noticia y ya paece usté otro.

SIM. Como que se me han quitao treinta años de encima.

CHIL. Rediez, pues á ese paso mañana se desayuna usté con el biberón.

SIM. ¡Ay, Chilindrín, si tú supieras lo que la felicidad rejuvenece! ¡¡Qué cosa habrá mejor que la alegría para aniñar las almas!!

ESCENA XI

LOS MISMOS; el ALCALDE, el MAESTRO y el TÍO LEONCIO

El primero y el último vestirán el traje peculiar á los hombres de campo adinerados; el segundo, ó sea el Maestro, será más fino en sus ademanes y más raído en el vestir

ALC. (Apareciendo seguido de los otros por la puerta del foro y deteniéndose en el umbral.) ¿Se pué pasar?

SIM. Adelante, señor Alcalde, adelante; pase usté también, tío Leoncio, y usté, señor Maestro.

MAES. La paz de Dios sea en esta santa casa.

ALC. Felices, papá Simón; buenos días, Chilindrín.

CHIL. Buenos los tengan ustés. (¿A qué vendrán estos tres pajarracos?)

SIM. Vaya, vaya, qué visita tan inesperada; pero

siéntense, siéntense; ustedes dirán á qué debo la honra...

MAES. El asunto que aquí nos trae es de una gran importancia y quisiéramos que nos prestases toda tu atención.

ALC. Es un favor... un ruego.

SIM. ¿De ustedes á mí? Ya sabe usté, señor Alcalde, que los ruegos de usté son pa mí órdenes.

ALC. Lo sé, papá Simón, lo sé.

LEONCIO Nosotros siempre te hemos querío mucho; digo, por lo menos yo.

SIM. Todos, señor Leoncio.

MAES. Nosotros intervinimos en el litigio de tus bienes y recordarás que gracias á nosotros no perdiste más que las nueve décimas partes de tu fortuna; bueno, y esto no es que nosotros querramos recordarte...

SIM. No, no... ya comprendo.

CHIL. (Pero, ¿á dónde irán á parar estos tres avechuchos?)

MAES. Pues bien, ha llegado el momento de que nos des una prueba de tu gratitud.

SIM. Si es cosa que yo puedo...

MAES. Hemos sabido que de un momento á otro tu hija Carmela, la Nubecita, como aquí la llamamos, va á llegar al pueblo.

CHIL. ¿Y venían ustés á felicitarle?

ALC. Calla, Chilindrín.

SIM. Sí, efectivamente; Chilindrín me ha dicho que la acaba de ver; pero, francamente, no caigo en la relación que eso pueda tener...

MAES. Mira, papá Simón, nosotros comprendemos muy bien que tú como padre suyo que eres tendrás muchos deseos de verla.

SIM. Eso ni qué decir tiene.

MAES. Tu natural benévolo al saber que llegaba te habráinclinado al perdón.

SIM. ¿Y cómo no, señor Maestro? Ustedes que también son padres pongan la mano en su corazón y digan si no les pasaría lo mismo.

MAES. Lo mismo exactamente; pero es necesario que tampoco olvides que esa mujer, esa Carmela que va á llegar, no es la Carmela que de aquí partió.

SIM. Mi hija es una mujer honrada.
ALC. Eso es lo que le hace falta demostrar.
CHIL. ¡Pero qué fresco es este tío!
SIM. ¿Habrá quien lo dude?
LEONCIO Todos, papá Simón, y yo el primero.
SIM. ¡Tío Leoncio!
MAES. No te enojes, buen viejo, las tablas de un escenario no son el lugar más apropósito para que una mujer conserve su honra y además que tú no te perteneces; eres el decano de los ancianos de la aldea y aunque el corazón te dicte otra cosa, debes dar un ejemplo de moralidad, cerrando á esa mujer las puertas de tu casa.
SIM. ¡¡Cerrarle yo las puertas de mi casa!!
MAES. Temporalmente, al menos.
SIM. ¡A ella! ¡¡A mi hija!!
ALC. ¿Y quién te ha dicho á tí que esa desdichada siga siendo tu hija.
MAES. Considerarla como tal valdría tanto como prescindir de tu dignidad.
SIM. Pero, Chilindrín, ¿tú has oído cosa igual?
CHIL. No m'hable usté; no m'hable usté que estoy sordo-mudo de la emoción.
LEONCIO Nada, nada; es necesario que obedezcas.
ALC. Si así no lo hicieras serías indigno de nuestro cariño.
MAES. Y de nuestra protección... y no hablemos más de esto; con objeto de evitarte la violencia de que tú mismo la arrojes de casa, nosotros nos quedaremos aquí y hablaremos con ella.
SIM. Pero...
MAES. Nada... ni una palabra más.
LEONCIO Si os parece podemos entrar ahí en la habitación inmediata y mientras tanto que Chilindrín salga á su encuentro.
SIM. Pero eso es una crueldad; eso es una infamia.
ALC. Ya te hemos dicho que ni una palabra más.
SIM. ¿Y no podré abrazarla, decirla que la quiero?
MAES. En esta casa, no; sería deshonrarte y deshonrarla.
SIM. ¿Y si me mata la pena? (Se echa á llorar.)

MAES. Morirás como bueno.

CHIL. (¡Claro, si le mata que le entierren! A ellos qué les importa.)

SIM. (Haciendo una transición brusca.) Sí, sí, tienen ustedes razón, muchísima razón, el honor es lo primero; pero yo no sé si podré obedecerles, si podré vivir sin su cariño. (Llora.)

ALC. Vaya, papá Simón, hasta luego y ¡ánimo! ¡¡mucho ánimo!! ¡¡¡los hombres deben tener ánimo!!! Tú, Chilindrín, corre á cumplir mi encargo.

CHIL. (¡Mal tiro te peguen!) Bueno, ¿y cuando la encuentre, qué la digo?

ALC. Que tenemos que hablarla.

CHIL. ¿Y si se empeña en entrar?

ALC. La dejas que entre.

CHIL. Y si le da por abrazarme y yo no puedo defenderme porque tengo las manos enredás la una con la otra, ¿qué hago yo entonces, señor alcalde?

ALC. Lo que te dé la gana. (Mutis por la derecha seguido del Maestro y del tio Leoncio.)

CHIL. (¡Chilindrín, Chilindrín, que me pae que se te van á enredar las manos!) (Mutis por el foro.)

SIM. ¡Dios mío! ¿Qué he hecho yo?

ESCENA XII

PAPÁ SIMON y MARUQUILLA por la izquierda

MAR. (Saliendc.) Papá Simón, ¿qué tienes?

SIM. ¿Yo? ¡Nada!

MAR. ¿También lloras tú?

SIM. No, si no lloro, si estoy muy contento. (Disimulando.)

MAR. Porque vas á verla, ¿verdad? Yo también me alegro mucho, y si se casa con Leonardo me alegraré también. (Con tal de que ellos sean felices, ¿qué importa que yo sufra?)

SIM. No, Maruquilla, no; yo no puedo verla; si la viese faltaría á mi promesa.

MAR. ¿Qué promesa?

SIM. No me preguntes, Maruca, por caridad, no me preguntes.

ESCENA XIII

DICHOS, CARMELA y CHILINDRIN por el foro

Carmela viste toalé de viaje sencilla y elegante.

CAR. (Por la ventana.) ¡Padre! ¡Padre!

SIM. ¿Eh? ¿Qué es eso? ¡Su voz! ¡Hija mía! (A Maruca, tapándose la cara.) ¡No, dile que se vaya, que yo no debo verla!

CHIL. (Entrando por el foro con una maleta en cada mano.) ¡Miela usté, papá Simón, miela usté! ¡Qué reguapota está!

SIM. No, que no, que no quiero. (Defendiéndose como un chiquillo.)

MAR. Pero, ¿á qué viene ahora eso?

CAR. (Apareciendo en la puerta del foro.) ¡Maruca!

MAR. ¡Nubecita!

SIM. (Tapándose la cara y acercándose á ciegas hacia su hija.) Ha sido muy mala, sí, señor, muy mala... yo no puedo abrazarla... que se vaya de aquí.

CHIL. Vamos, papá Simón, arrequesónese usté.

CAR. Pero, ¿qué es esto, padre mío? ¿es que no me dejas entrar? ¿es que ya no me quieres?

SIM. (Con mucha pena.) ¡Que no la quiero! ¡que no la quiero, dice! (Pausa suprema.)

CAR. ¡Padre!

SIM. ¡Hija! (Se abrazan. El abrazo dura mucho y Chilindrin y Maruca lloran mientras tanto; el primero cómicamente y sollozando.)

CAR. (Con mucho cariño.) ¡Vamos, vamos, papaíto, no te aflijas más! ¡Tranquilízate! y tú, Maruca, ven á mis brazos, y tú, Chilindrín, no hagas pucheros. Desde hoy no quiero que haya en esta casa más que alegría, mucha alegría.

CHIL. ¡Rediez, qué maja está y qué olores que trae!

CAR. ¿Qué te han dicho? ¿que he sido mala? Pues ¿á tí qué te importa si ya soy buena? ¿Que soy una ingrata, que no quiero á nadie?

Pues no dicen más que la verdad: no quiero á nadie más que á tí y á tí, Maruquilla.

CHIL. Y á mí, y á mí, que tamién yo soy de Dios.

MAR. ¡Qué traje más bonito llevas!

CAR. Para tí si lo quieres, estas galas ya no me entusiasman; más bien me entristecen. (Transición.) ¿Y Leonardo? ¿No está Leonardo en casa?

MAR. Salió muy de mañana.

CAR. ¿Y tardará mucho?

CHIL. Según y conforme, si el zurrón hace su Agosto pué que no venga hasta la noche.

CAR. Decidme una cosa, pero sin engañarme, ¿eh?

SIM. ¿Engañarte nosotros?

CAR. ¿Se acuerda Leonardo de mí? ¿Os habla de mí alguna vez?

SIM. Hombre, como hablarnos...

CAR. ¡Decidme la verdad! (Suplicante.)

SIM. Pues la verdad sea dicha, como hablarnos no nos habla nunca.

CAR. ¿Nunca?

SIM. ¡Nunca!

MAR. (Rectificando.) Se equivoca usté, papá Simón, que antes cuando se salió p'al campo estuvimos hablando de ella.

CAR. ¿Y qué, qué te dijo?

MAR. Pues, ¿qué me iba á decir? (¡Dios me perdone la mentira!) ¡Que tenía muchas ganas de verte y que te quería mucho, y yo entonces le conté la corazoná que me había dao de que pronto habías de venir y le dije que tú no le olvidarías nunca y que te casarías con él y que serías feliz.

CAR. (Reconcentrando.) ¡Casarme con él! (Transición.) ¡Sí! ¿y por qué no? (Pausa.) Oiga usté, papaíto: es necesario que todo el mundo sepa mi llegada y que se celebre como merece; ya estoy oyendo al venerable padre Tomás echándome un sermón de dos horas y media: «¡Ah! la oveja descarriada, que vuelve á su redil.» ¡Eso, eso es lo que quiero! que todos me reprendan, que todos me castiguen, que todos me perdonen; pero, ¿qué? ¿se ponen ustedes serios? ¿es que hay al-

guien en el pueblo que no me quiere bien? ¿Leonardo, acaso?

SIM. ¡No, Leonardo, no!

CAR. ¿Quién entonces?

MAR. ¡Esos! (Señalando por la derecha.)

CAR. ¿Cómo esos?

CHIL. (Muy marcado.) ¡Esos!

CAR. Pero, ¿quiénes son esos?

SIM. El señor alcalde y... el maestro y... el tio Leoncio, y...

CAR. ¡Ah! ¿con que ellos son los que...? ¡Ja, ja, ja!

SIM. ¿Te ríes?

CAR. ¿Y qué quieres que haga?... ¿Dónde, dónde me aguardan?

CHIL. (Con voz sepulcral.) ¡Ahí dentro!

SIM. (Cortando la acción de Carmela.) Pero... ¡no, hija mía! no, no quiero que les hables; ¡si tú supieras lo que exigen de mí!

CAR. ¿Que me echases de tu casa? ¿que me despreciaras?... ¡les conozco muy bien! dejadlos, dejadlos por mi cuenta; yo sé muy bien lo que he de decirles; ¡diles que salgan, Chilindrín!

SIM. ¡Carmela! ¿qué vas á hacer?

CAR. Poca cosa; una entrevista y nada más; vamos, salid de aquí un momento; ya que tan complacientes sois en todo, hacedme tambien este favor, dejadme sola con ellos. (Todos vacilan.—Carmela insistiendo.) Es cuestión de unos instantes, dejadme sola.

(Mutis papá Simon y Maruquilla por la izquierda y Chilindrín por la derecha.)

ESCENA XIV

CARMELA y CHILINDRÍN, dentro

CHIL. Salgan, salgan ustés. (Con guasa.) (¡Ahora va á ser ella!)

CAR. (¡Valor, Carmela... ya están aquí!)

ESCENA XV

CARMELA, el ALCALDE, el MAESTRO, el TÍO LEONCIO y CHILINDRÍN

ALC (Escondiendo la cara.) ¡Ella!

MAES. (A Tío Leoncio.) ¡La Nubecita!

CHIL. (Aparte.) ¡Na, que se la van á comer!

ALC. (Sin atreverse á mirar á Carmela y dirigiéndose á los otros.) ¿Y papá Simón, dónde está?

MAES. ¿Has visto, Chilindrín, has visto lo que nos ha hecho?

CHIL. Ya, ya lo he visto (¡y ha hecho muy requetebién!)

LEONCIO ¿Es esta la manera que tiene de obedecer nuestros mandatos? ¿ó es que se ha creído que nosotros hemos venido aquí á servirle de juguetes?

CHIL. Bueno, to eso se lo cuentan ustés á papá Simón.

CAR. (¡Están hechos un lío!)

MAES. (¡Diablo, qué crecida está!)

ALC. (¡La verdá es que como guapa, es guapa!)

CAR. (Avanzando sonriente.) Pero, ¿qué hacen ustedes que no se sientan y no me saludan?

LEONCIO (Valiente compromiso.)

ALC. No miradla siquiera. (Alto á los otros.)

CHIL. (¡Rediez, juraría que s'han cortao!)

CAR. Vamos, señor Alcalde; vamos, tío Leoncio, y usté, señor Maestro, ¡miradme á la cara, que el mirar no cuesta dinero! ya, ya sé que están ustedes muy enfadados conmigo, y no crean que pienso disculparme, ¡qué disparate!; de sobra sé que no he sido buena, y esa es mi mayor tristeza, no poder borrar el pasado.

ALC. (¡Vamos, por lo menos es franca!)

MAES. (No se enternezca usté, señor Alcalde, que todo eso es hipocresía.)

LEONCIO (Hipocresía pura.)

CAR. Y para que se convenzan ustedes de la sin-

ceridad de mis palabras, les diré una cosa que sé ha de agradarles; esta misma tarde me voy del pueblo.

ALC. ¡Que te vas del pueblo!

CAR. ¡Para no volver más!

CHIL. Pero, ¿qué es lo que dices?

CAR. ¡Calla, Chilindrín!

CHIL. (¡Esta chica s'ha vuelto loca!)

CAR. (Afectando tristeza.) Yo no puedo ni debo estar donde nadie me quiere, donde hasta las piedras me desprecian.

ALC. Haces perfectamente.

MAES. (Al Alcalde.) Sí, hombre, sí; que se vaya.

CAR. Y bien sabe Dios que lo siento; porque han de saber ustedes que de ahora en adelante voy á sér una santa.

LEONCIO No nos fiamos de tus santidades.

CAR. Y además de santa, dadivosa.

MAES. ¡Dadivosa! ¡ha dicho dadivosa!

CAR. A usté, señor maestro, tenía intención de agrandarle la escuela y de pasarle un sobresueldo porque me enseñara un poco de moral... de esa moral que usted tan á la perfección posee.

MAES. (¡Caracoles, pues ahora si que la hemos hecho!)

CAR. A usté, señor Alcalde, también le hubiera dado algo para sus pobres, y á usté, tío Leoncio, no le digo nada, porque mi intención era comprarle una de sus fincas; pero puesto que ustedes me arrojan del pueblo... ya, ¿para qué la quiero?

ALC. (Aparte á los otros.) (¡Diablo, esto merece pensarse!)

MAES. (¡Lo mismo opino!)

ALC. (Dejadme á mí.) Vaya, vaya con Carmelita; ¡no te creía tan cándida!

CAR. ¿Por qué dice usted eso?

ALC ¿Cómo que por qué lo digo? ¡ah! pero, ¿es que tú has tomado en serio eso de que nosotros no te queríamos y de que te echábamos del pueblo... y todas esas tonterías que le hemos dicho á tu padre?...

CAR. Naturalmente.

ALC. ¿No comprendes que todo eso era una broma? ¡una pura broma!...

LEONCIO ¿En qué cabeza cabe que nosotros cometiésemos contigo tamaña injusticia?

MAES. ¿Tú?... ¡la más lista de todas mis discípulas!

ALC. Y la mejor de mis amigas. ¡Una hija como hay pocas!

LEONCIO Una santa, como quien dice.

MAES. Nada, nada, dile á tu padre que hemos tenido mucho gusto en saludarte y que nos perdone la bromita de antes. (A los otros.) ¡Mira que creerse que era de verdad!... ¡qué inocentona!

MAES. (En tono trágico bufo.) ¡Carmela, alma grande, no te olvides de mi sobresueldo.

ALC. Ni de mis pobres.

LEONCIO ¡Ni de mis fincas! Ahora, casualmente, tengo á la venta una casita con su huerto y su noria que vale cualquier cosa; ¡sobre todo la noria!

CHIL. (¡Pa engancharte á tí, ladrón!)

CAR. (Despidiéndoles en el foro.) ¡Todo, todo se tendrá en cuenta.

CHIL. (¡Hipócritas, más que hipócritas!)

ALC. ¡Ea! bien venida y hasta la vista.

MAES. (Patético.) ¡Adiós, hija mía!

CAR. ¡Adiós, señores, adiós!

ALC. (En la misma puerta volviéndose.) Chilindrín, vente con nosotros. (No vaya éste á meter la pata.)

ESCENA XVI

CARMELA; luego LEONARDO

CAR. ¡Qué asco! ¡Esta es la moral de los hombres! (Pausa.) ¡Ay, mi casita! Parece que no ha pasado el tiempo y que es ahora cuando, jugando como una chiquilla loca, corría por los campos, me revolcaba por las eras y me embadurnaba los lábios de mosto en los lagares. Todo está lo mismo; todo es igual

que en aquel tiempo. Parece que todo se durmió esperándome y que ahora despierta y vive para mí. ¡Lo único que no es ya lo mismo es mi corazón!

LEON. (Desde el foro, contemplándola fijamente con cariño, con asombro.) ¡Nubecita!

CAR. (Corre hacia él, luego se detiene y baja la cabeza avergonzada.) ¡Leonardo!

LEON. ¿Por qué te detienes? ¿Por qué bajas la cabeza? ¿Por qué no corres á mis brazos como antes, como siempre?

CAR. ¡Leonardo, perdón... yo quiero tu perdón!

LEON. ¿Mi perdón? ¿Qué dices, Nubecita? ¿De qué he de perdonarte yo? ¡Ven, abrázame, no seas niña!

CAR. ¡Qué bueno eres!

LEON. ¿Bueno? ¿por qué?

CAR. Porque me perdonas sin humillarme, porque nada me hablas del mal que te hice.

LEON. Acaso fué bien, Nubecita. No hablemos de aquello. Ya pasó.

CAR. ¡Qué mala fuí contigo!

LEON. Mala conmigo, no; contigo mismo si acaso. Hiciste mal en huir, en abandonar al pobre papá Simón, tan viejo y tan bueno; en eso sí hiciste mal. La pobre Maruca también lloró mucho, y estuvo enferma, y ella que siempre se ríe por todo... por nada reía y con nada se alegraba. Maruca es un ángel, uno de esos ángeles que se resignan á todo con tal de que los suyos sean felices. ¡Pobre Maruca!

CAR. Sí, es muy buena, más buena que yo. No os ha hecho llorar nunca. Yo sí. Yo os he hecho llorar á todos, y sobre todo á tí.

LEON. Calla, Carmela...

CAR. Tú me querías con toda tu alma. Ahora ya sé que no me quieres, pero antes, ¡sí! cuando corríamos juntos por los trigales, cuando paseábamos juntos por la dehesa y nos parábamos embobados á ver andar los molinos de viento, ¿verdad que me querías? Ahora me desprecias. Y si vieras que no merezco tu desprecio... Yo fuí á la ciudad, atraída por

su leyenda de oro como van á la luz las mariposillas y á la sirena las almas inocentes. Y ahora que la luz me engañó, me vuelvo á mi aldea santa y buena para olvidar y para merecer vuestros perdones, porque ¿qué culpa tienen las mariposas de que la luz sea hermosa? ¿qué culpa tienen las almas inocentes de que haya sirenas en el mundo?

LEON. Nubecita, calla, yo te ruego que calles. Has venido y todos te recibimos con el alma y los brazos abiertos. Nadie quiere recordar, nadie quiere pensar lo que hiciste. No hablemos de eso.

CAR. Y, ¿por qué no hablar? Si me quieres, ¿por qué el tormento de no decírmelo? Si me odias, ¿por qué no la caridad de demostrármelo? Yo te quiero como antes, como siempre y no puedo callarlo. Mi alma no es de las que se acurrucan en los rincones como los perrillos que hicieron una travesura y esperan que el amo les castigue. No; mi alma tiene la valentía de la sinceridad. Te dejé porque creí que aquello era mejor. Hoy, engañada, vuelvo á tí con más ansia. Eres el amo, mátame ó perdóname, pero ¡te quiero!

LEON. Carmela, ¿qué deseas? ¿mi cariño? ¡tómale, es tuyo! Vuelves pura, vuelves enferma, tómale que tuyo es de todos modos. Tú llamas á él, y mi pobre corazón, de pueblo, se abre de par en par.

CAR. (Abrazándole.) ¡Al fin, Leonardo!

LEON. Llora, sí; llora sobre mi corazón. Tu llanto es la lluvia de la nubecita de verano que hace vibrar la tierra en cosechas fecundas, que hace estremecerse los campos de vida lozana, que hace palpitar la naturaleza de alegría, de aquella alegría que reía en nuestras almas cuando los dos corríamos juntos por las eras y nos parábamos á mirar los molinos de viento ..

ESCENA XVII

DICHOS, MARUQUILLA y PAPÁ SIMÓN

SIM. ¡Leonardo! ¿lo ves? ¿ves cómo no soñaba? Ya está aquí. Ya está con nosotros para siempre.

LEON. Dios lo quiera, papá Simón.

SIM. Pues ¿qué? ¿lo dudas tú acaso? Anda, hija mía, anda, que los pobres te esperan.

CAR. ¡Ah! sí, vamos ahora mismo, yo soy toda amor, y la caridad también es amor. Anda, Leonardo; vamos, papá Simón. ¿Tú no vienes, Maruca? ¡Maruca! ¿qué te pasa? ¡Tienes los ojos encarnados como de llorar!

MAR. No, Nubecita, ¿yo estar triste? ¿llorar yo? Es decir, llorar, sí que he llorado, pero de puro alegre.

SIM. Hija mía, cuando estés tan alegre como ahora, llámame para llorar contigo.

LEON. ¡Pobrecilla Maruca! (Mutis todos.)

ESCENA XVIII

FERNANDO RAMOS; luego CHILINDRIN

FER. (Tipo ridículo á puro ser elegante.) O esos paletos me han engañado ó esta es la casa de Carmela. Bueno, y ¿dónde está Carmela? También ha sido capricho el de esa criatura. Escaparse de casa y obligarme á romper tres neumáticos y dos cubiertas del auto por seguirla. Porque ¡claro! me ha dejado en pleno abono, ¿y qué hago yo en pleno abono sin Carmela? con la fama de constante que tengo, yo no sé por qué. Nada, me ha fastidiado, eso es. ¡Mire usted que obligarme á venir á este estercolero á noventa por hora! He matado á un burro, y creo que á

una vieja y no sé á cuantos animales más, pero ¿aquí no vive nadie? (Dando palmadas.) ¡Mozo! digo, ¡ah de la casa!

CHIL. ¿Qué hay? (¡Canastos! ¿quién será este loro tan bien vestido?)

FER. Oiga usted, pollo.

CHIL. ¿Qué hay, señorito?

FER. Diga usted, pollo, ¿es esta la casa de una tal Carmela?

CHIL. Esta es, señorito.

FER. Muy bien, pollo. Tome usted cinco pesetas, pollo.

CHIL. Muchas gracias, señorito, ¿qué hay que hacer?

FER. Mire usted, pollo.

CHIL. Oiga usté, señorito, ¿no le sería á usté lo mismo llamarme Chilindrin?

FER. Idéntico. Mire usté, Chilindrín. Bueno. En primer lugar no hay derecho á llamarse Chilindrín; Chilindrín es nombre de gato.

CHIL. ¿Nombre de gato? Tenga usté las cinco pesetas.

FER. No se me ofenda, pollo, no se me ofenda. Mire usté hágame el favor de decirle á Carmela que salga; eso es, que está aquí Fernandito.

CHIL. (Aparte.) (¡Qué rico!) De modo que ¿que está aquí Fernandito, eh?

FER. Ramos, sí; Fernandito Ramos, que salga en seguida, que nos vamos, que he roto tres pneumáticos y creo que he matado á una vieja; ande, pollo, ande.

CHIL. (Este tío está loco. Que salga que nos vamos. ¿Será algún trapicheo de la Nubecita?) (Mutis.)

FER. Este Chilindrín es un animalito, eso es. Por supuesto que con Carmela voy á tener un altercado muy gordo. A mí no se me deja como si fuera un *sandwich.* Yo no soy un *sandwich,* ¡eso es!

ESCENA XIX

FERNANDITO RAMOS y CARMELA

CAR. Fernando, ¿qué es esto? ¿qué deseas? ¿qué vienes á buscar? ¿Hay aquí algo tuyo?

FER. ¡Qué barbaridad! ¿Te parece bien recibirme así, después de venir á noventa kilómetros por hora?

CAR. Vete. ¿No tenías bastante con haberme hundido en aquella vida? ¡Déjame que respire, déjame que me salve!

FER. Mira, déjate de romanticismos y vámonos.

CAR. ¿Yo? ¿Volver yo á aquella existencia? Nunca, ¿lo oyes? nunca. Porque no pude resistirla me escapé de tu lado, y antes me dejaré matar que volver á ella.

FER. No digas tonterías, pequeña. En pleno abono, comprenderás que no voy á resignarme á hacer el ridículo. Ayer, en cuanto vieron el palco sin ti, me dijeron Ramírez Platón y su vieja Nardita: «Qué solito estás» y á mí no me gusta estar solo. Ese Ramírez Platón es un desahogado y su vieja Nardita una cualquier cosa. Y tú tienes que venir, pequeña, no hay más remedio. Si no quieres por las buenas, por las malas.

CAR. No, Fernando, vete, que no se enteren, que no me desprecien, te lo pido por Dios.

FER. Soy ateo, ¡eso es!

CAR. Por el recuerdo de tu madre, que no sería tan mala como tú.

FER. Es inútil. Mira, pequeña. Esta situación es ridícula, muy ridícula y yo lo aguanto todo en la vida menos el ridículo.

CAR. Haz lo que quieras.

FER. Me has costado muchas pesetas, pequeña, muchas pesetas, y después de haberme costado muchas pesetas, me quieres exponer á la burla de todo el mundo, porque estamos en pleno abono, que no se te olvide. Tú eres una romántica. Eso está bien. Pero quieres

tomarme el pelo y eso está mal. De modo que ponte un abrigo y un sombrero y al auto.

CAR. — Déjame, Fernando. Te lo ruego, te lo suplico de rodillas si es preciso. Déjame. (Entra Leonardo y desde un ángulo de la escena los contempla.)

FER. — Ya te he dicho mil veces que eres mía, que te he comprado. Vamos, Carmela.

CAR. — No.

FER. — (Cogiéndola por un brazo y apretándoselo.) Sí, vendrás. Te arrastraré si es preciso. Soy tu amo y tú no tienes más que obedecer.

CAR. — Quita, aparta; me haces daño.

FER. — Obedece.

CAR. — No, mátame.

FER. — Puesto que te empeñas irás á la fuerza. Ya lo creo que irás. (La coge de un brazo y va á pegarla. Se interpone Leonardo y le sujeta. Asombro de los dos.)

LEON. — ¡Quita, canalla!

ESCENA XX

DICHOS y LEONARDO

LEON. — Suelta ó te deshago.

FER. — Señor mío. Yo no sé por qué me llama usted canalla. Usted no me conoce.

LEON. — (Con un ademán le señala la puerta.) ¡A la calle!

FER. — No, señor, no me iré; la pequeña es mía. Me ha costado muchas pesetas.

LEON. — (Insiste en su ademán resuelto, amenazador.) ¡He dicho que á la calle!

FER. — Si se pone usted así, me iré, sí, señor, que me iré; al fin y al cabo no estoy en mi casa. Pero reclamaré á la pequeña como sea debido, ¡eso es! Adiós, pequeña. Eres mala, ya lo sabes, muy mala y te juro que me las pagarás. Me has dejado por estos paletos, ¡eso es! y eso es una mala acción.

LEON. — (Furioso.) ¡Pronto!

FER. Ya, ya me voy; ¡caramba! ¡Lástima de burro y de vieja que he espachurrado! ¡Lástima de gasolina, eso es! (Mutis.)

ESCENA XXI

CARMELA y LEONARDO

LEON. ¡Ese, Nubecita, ese es el amo!

CAR. Perdón, Leonardo, perdón.

LEON. Perdónate tú antes, mujer. Yo nada tengo que ver en tu perdón. Por un instante tuve el ensueño loco de que volvías santa y pura como cuando te fuiste. Todos engañados. Nubecita, tú con tu vida y yo con la mía.

CAR. Leonardo, sálvame; que tu gran amor me redima.

LEON. ¿Mi gran amor? Y, ¿dónde está ya ese gran amor?

CAR. ¿Ya no me quieres?

LEON. Mucho, muchísimo; como te quiere ese; con los ojos del cuerpo, con los del alma no.

CAR. No me digas eso; ¡tú, no! ¡tú, no!

LEON. Pues, ¿qué amor querías? ¿El amor santo, el amor sagrado que se bendice en la iglesia de Dios? Ese ya pasó, ese era de antes; de cuando te llamabas la Nubecita, porque para mí eras lo blanco, lo celestial, lo bueno, lo que no pasa, lo que no hace daño. El de ahora es otro amor, es un amor de rabia, un amor salvaje, un amor de odio. Quisiera cogerte, estrujarte, chupar en tus labios toda la sangre mala, purificarte á besos y matarte y poderte dar de nuevo aquella vida blanca y buena y celestial de cuando te llamabas Nubecita...

CAR. Leonardo, perdóname por aquel recuerdo, por aquellos días que ya no volverán.

LEON. Que no volverán, tú lo has dicho. Pero yo no soy quien ha de perdonarte. Es tu padre es papá Simón al que debes hacer dichoso. Es tu hermana á la que debes alegrar la vida. Ese es tu destino. Cúmplele, Nubecita.

CAR. ¿Y tú?

LEON. Yo me marcho de aquí.

CAR. No, Leonardo, no.

LEON. Mi dignidad no me permite amarte; la dignidad es el único tesoro de los desdichados. Que te perdone papá Simón. El es débil y viejo. Los viejos y los débiles deben perdonar siempre, porque no tienen fuerzas para sufrir el dolor de no perdonar.

CAR. ¿Y tú por qué no me perdonas?

LEON. Porque yo no soy el Cristo que redime.

CAR. El perdonó á la pecadora, Leonardo.

LEON. Porque no tenía que casarse con ella. Y ahora vé que los pobres te esperan.

CAR. Leonardo...

LEON, Anda, anda,.. que aun puedes hacer bien...

CAR. ¡No te vayas!

LEON. Da á los pobres tu oro que es pan para ellos y diles como Cristo en su cena: «Tomad, este es mi cuerpo.» Anda, vé, vé, que los pobres te aguardan... (Mutis Carmela.)

ESCENA XXII

LEONARDO

Se sienta y apoya la cabeza entre las manos. Pausa.

¡Pobre papá Simón! ¡Pobre Maruquilla! También ella me quiere. ¿Por qué Dios no puso en mi alma un amor infinito hacia ella? Es alma mártir, es alma resignada. ¡Pobre Maruquilla! (Pausa,) ¡Me voy, sí! Ahora mismo, antes de que Carmela salga. Ya escribiré á papá Simón. No quiero verla más. La perdonaría y yo no debo perdonar. Yo soy fuerte, soy digno. ¡Adiós, Nubecita, mi amor único, cuanto más caído más triunfante! Lejos ó cerca, siempre palpitarás en mi alma, y aunque no te perdone, eternamente serás para mí la Nubecita loca que

corría conmigo por los campos y me parecía todo lo blanco y todo lo puro de la vida... ¡Adiós mi Carmela! ¡Adiós para siempre! (Mutis llorando.)

ESCENA XXIII

CARMELA; en seguida MARUQUILLA

CAR. ¡Leonardo! ¡Leonardo! (¡Se fué Dios mío!)
MAR. ¿Por qué lloras, hermana?
CAR. Se fue, Maruca, se fué para no volver.
MAR. (Se hace fuerte.) No lo creas, no llores; él volverá; volverá como volviste tú; atraído por el amor.
CAR. ¿Y si no vuelve?
MAR. No llores; que papá Simón no te vea triste.
CAR. Es verdad, hay que sacrificarse... hay que hacerle feliz...

ESCENA FINAL

DICHOS y PAPÁ SIMÓN

SIM. ¿Dónde os metéis, hijas mías? ¿Dónde os metéis? ¿Y Leonardo?
MAR. Ha salido.
SIM. Qué alegre está el pobrecillo; y vosotras, ¿estáis alegres vosotras?
CAR. Muy alegres, ya lo creo.
MAR. Mucho, papá Simón.
SIM. ¿De veras? ¿No me engañáis?
CAR. No. Yo soy muy dichosa.
MAR. Y yo.
CAR. Ya verás, papá Simón, ya verás cuánto te cuidamos.
MAR. Y los mimos que te vamos á dar.
CAR. Es necesario que nuestro viejo sea muy feliz.

MAR. El más feliz de los viejecitos.

(El telón va cayendo lentamente.)

SIM. ¡Dios os bendiga, hijas mías!

CAR. ¡Y á ti también, padre! ¡Y bendito sea Dios que todo lo perdona!

SIM. ¡¡Por eso, hijas mías, por eso lo perdona todo!! ¡¡¡Porque también es padre!!!

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE LINARES BECERRA

TEATRO

Penetrar el pensamiento.
El sanatorio.
Los dos cienos.
¡Gloria á Cervantes!
Granete.
Alma española.
La canción de la bruja.
El caserío.
El dominó verde.
Alma Negra. (3.ª edición).
Verderón.
El calor del nido.
El belén nacional.
Corazón serrano.
Entre tejas.
La nubecita.

POESÍAS

Canciones rebeldes (prólogo de Salvador Rueda)

EN PRENSA

En olor de santidad (novela).

EN PREPARACION

Poemas errantes (artículos).
Sin alma (novela).

OBRAS DE JAVIER DE BURGOS

¡Gloria á Cervantes! Estrenada en el Teatro de la Princesa de Madrid, con música del maestro Candela.

Alma-Negra. Teatro de Novedades de Madrid. Música del maestro Chaves. (3.ª edición).

La canción de la bruja. Campos Elíseos de Bilbao. Música del maestro Puchades.

¡El pobrecito príncipe! Teatro de Eslava de Madrid. Música de los maestros Calleja y Lleó.

Astronomía popular. Teatro de Novedades de Madrid. Música de los maestros San Felipe y Vela.

La calumnia. Coliseo España de Madrid. Música de los maestros Candela y Goncerlián.

El pillín de Gangonete. Teatro Cómico de Barcelona. Música del maestro Fontanals.

El grito de independencia. Teatro de Novedades de Madrid. Música del maestro Giménez.

La bella Cucú. Coliseo España de Madrid. Música de los maestros Candela y Goncerlián.

El belén nacional. Coliseo del Noviciado de Madrid. Música de los maestros Candela y Goncerlián.

Justicia baturra. Teatro de Novedades de Madrid. Música de los maestros San Felipe y Vela.

La nubecita. Teatro de Novedades de Madrid.

(Todas en colaboración.)